

FOUCAULT Y LA FILOSOFÍA

Foucault and Philosophy

Dra. Florencia Abadi (UBA/ CONICET)

floabadi@hotmail.com

Artículo Recibido: agosto de 2023

Artículo Aprobado: octubre de 2023

Sobre *Introducción a Foucault* de Edgardo Castro. Buenos Aires: Siglo XXI, 2023.

La nueva *Introducción a Foucault* de Edgardo Castro puede leerse como una continuación de un trabajo de sistematización y exégesis del autor que lleva décadas. Foucault no es un autor hermético, oscuro, demasiado difícil de leer. Lo que buscamos en los libros de Castro no es una traducción de Foucault a términos más comprensibles. Foucault es más bien un pensador complejo, inmenso, profundo, que exige una orientación, como expresa el subtítulo de este nuevo libro: *guía para orientarse y entender una obra en movimiento*. El trabajo de Castro permite adentrarse en esa complejidad sin sucumbir a los slogans que asediaron siempre el pensamiento foucaultiano. Si el *Diccionario Foucault* (Siglo XXI, 2011) apuntaba a la exhaustividad, a ser una obra de consulta más que de lectura, este libro hace síntesis, presenta lecturas y traza conexiones (sobre todo entre el material conocido y el nuevo, pero también entre el texto y la vida), líneas de una cartografía con la que podemos orientarnos, es decir: situarnos y movernos, por esa obra que aún no deja de crecer, de reestablecerse y de resignificarse.

El eje de esta introducción reside en la incorporación del material más recientemente editado del autor –que incluye especialmente el más temprano en su biografía, es decir, escritos del joven Foucault–. El libro apuesta a mostrar que ese material desconocido hasta ahora hace que las obras más célebres, publicadas en vida del autor, reciban sangre nueva. En este sentido, si Foucault habló de la muerte del autor, su obra póstuma nos expone a la muerte del corpus, es decir, de cierta noción de obra que exige su clausura, que quiere las obras *completas*. Muere la obra tal como la

entendíamos y secretamente anhelábamos –abarcable, tranquilizadamente limitada– para dar lugar a una sobrevida de apertura inquietante. A partir del carácter inacabado de la obra de Foucault, Castro exalta aquí su movimiento, las fuerzas vitales que continúan transformándola. Y ante la inestabilidad que prevalece, nos ofrece una guía, un hilo para no ser devorados en el laberinto. Este hilo sigue la *elaboración* de las ideas de Foucault, y no la recepción de estas. Esa elección se agradece en la lectura, porque contribuye a que se arme un relato, una historia de vida y de pensamiento, y no solo una reconstrucción conceptual.

Uno de los aspectos más destacados del libro concierne al vínculo de Foucault con la filosofía, en tanto tradición y en tanto práctica. Se trata de una aproximación escrita sin dudas por un filósofo –lo cual tratándose de Foucault no es en absoluto algo evidente, ya que ha traspasado oportunamente las barreras disciplinarias–. Por un lado, en la centralidad que da a las lecturas filosóficas de Foucault, en particular de la fenomenología –destaca la noción de lo trascendental en el joven Foucault y su búsqueda de vincular lo trascendental con la historia; brinda a la par de una lectura sobre Foucault, formidables explicaciones de la filosofía husserliana y kantiana–. Pero además, y más relevante, se trata aquí de la concepción que Foucault tiene de la filosofía, de la *tarea* de la filosofía. Señalaré aquí dos cuestiones al respecto, que atraviesan de diverso modo el libro de Castro. La primera es la concepción de la filosofía como crítica del presente. La segunda es la idea de la filosofía como una práctica espiritual, es decir, como un conjunto de técnicas de sí, ejercicios sobre uno mismo, capaces de llevar a cabo una transformación del sujeto, lo cual implica un rebasamiento de la filosofía como disciplina puramente teórica. En *La hermenéutica del sujeto* Foucault sostiene que recién con Descartes pudo pensarse que era posible un acceso a la verdad sin una transformación del sujeto. Ambas concepciones, la filosofía como crítica del presente y como práctica espiritual, confluyen. El punto de convergencia es elocuente: ambas caracterizaciones exigen del pensamiento, más que inteligencia, *coraje*. ¿Por qué?

En la conferencia “¿Qué es la crítica?”, de 1978, Foucault dice no ser filósofo, sino “apenas crítico”. La actitud crítica lleva adelante un arte: el arte de no ser gobernado, o mejor dicho, de no ser gobernado de ese modo. Frente a la pastoral y sus escuelas que demandan obediencia, la función de la crítica es interrogar los vínculos

entre saber y poder, descubrirlos, agrietarlos, producir una desujeción. Castro lo explica así: la crítica anuda poder, verdad y sujeto, porque consiste en el arte de interrogar a la verdad sobre sus efectos de poder y al poder sobre sus discursos de verdad. En definitiva, se trata de una filosofía de la desobediencia.

Este arte crítico entonces, requiere coraje. Y esa exhortación va a estar ligada en Foucault al nombre de Kant y a la divisa *sapere aude* (atrévete a saber), que define su noción de Ilustración. Si allí afirma no ser filósofo sino crítico, en otra conferencia sostendrá que, “de ser considerado como filósofo, quisiera ser considerado en la tradición de Kant”; la misma pretensión se anuncia en el artículo autobiográfico que Foucault escribe bajo el pseudónimo Maurice Florence (que Castro trae a colación), donde afirma: “Si Foucault se inscribe en la tradición filosófica, es en la de la crítica de Kant”. Hay varias frases en que se expresa una cierta veneración de la obra kantiana, por ejemplo al hablar de la crítica dice: “yo tendría la arrogancia de pensar que esta definición no es muy diferente de la de Kant”. Kant representa la exigencia de no obedecer tutores, de tener el coraje de no obedecerlos –en eso consiste su definición de Ilustración–, pero también es quien inaugura la filosofía como interrogación *del propio presente* (del filósofo), al preguntarse en 1784 por la Ilustración en la que él mismo se inscribe. Kant representa la antropología –rechazada por Foucault–; pero no se agota en la antropología. Kant representa la crítica del conocimiento, la crítica de la razón teórica; pero no se agota en la razón teórica. Kant es el umbral en que Kant es trascendido: el desfase que señala Foucault entre crítica del conocimiento y *Aufklärung* expresa ese umbral, que no es otro que el que existe entre teoría y praxis. Es ese punto en que la filosofía deviene la tarea práctica de ejercer el coraje de filosofar. Por eso mismo, cito palabras de Castro: “La lectura de Kant abre y cierra el pensamiento de Foucault”.

Respecto de la cuestión del presente, Castro afirma: “Foucault ha hecho de la relación con el presente la definición misma de la filosofía. Filosofar es hacer un diagnóstico del presente”. Pero esta indicación recibe una aclaración: la clave hermenéutica de Foucault reside en una “mirada estrábica”, una mirada que tiene un ojo en el presente y otro en el pasado. Para diagnosticar el presente, no es conveniente tener los dos ojos puestos en él: puede que entendamos por presente lo que tenemos a la vista y lo creamos eterno. Este estrabismo, propone Castro, es lo que permite la crítica, es

decir, su carácter transformador. Es a partir de allí que el diagnóstico filosófico “se vuelve una ética, un ejercicio reflexivo de la libertad”. La mirada estrábica es una mirada histórica. No se adecua, piensa Foucault, a lo que hemos entendido mayormente por filosofía. En una entrevista –referida al comienzo del libro–, Foucault responde con estas palabras a una pregunta por su propio origen: “los filósofos no nacen, ellos son, y con eso basta”. Hacer de la filosofía una genealogía fue una estrategia para socavar esa actitud anti-crítica. La verdad tiene una génesis, la verdad nace. Y esto no es meramente un postulado teórico. Esta tesis está en la esencia de la terapéutica que Foucault esperaba de la práctica filosófica. Una terapéutica crítico-histórica que se deja ver en estas palabras del propio Foucault: “Alivio y profundo apaciguamiento el de pensar que el hombre es solo una invención reciente, una figura que no tiene ni dos siglos...”. Si la práctica filosófica tiene una relación con la cura, la historia está en el núcleo de esa práctica. El poder curativo de la historia brinda un alivio profundo: historizar entonces para calmar el peso insoportable del poder que cree eternas sus verdades. Historizar para señalar la contingencia, la arbitrariedad que espanta a cierta filosofía. Esa es la cura foucaultiana por excelencia, que abrió sin duda un nuevo camino para el pensamiento filosófico: el de una práctica histórico-filosófica, que no es ni filosofía de la historia ni historia de la filosofía, sino que plantea la historia de la verdad como práctica terapéutica. Castro, que comienza el libro con la idea antes citada de la filosofía como diagnóstico del presente, completa esa idea hacia el final de su recorrido: “Desde sus orígenes, sostiene Foucault, la tarea de la filosofía ha sido diagnosticar: por un lado, interpretar el sentido de los signos y, por otro, curar, proponer un remedio. La palabra filosófica surgió, por ello, emparentada con la del profeta y la del médico”.

Esta práctica filosófica no puede excluir la espiritualidad, término que Foucault saca del *closet*. Y no la puede excluir porque está en el origen de la crítica: por un lado, porque la crítica para Foucault es bíblica de origen –tiene su hito en la Reforma, en el retorno a las Escrituras sin obedecer al sacerdote–, además, tiene su fuerza en la mística, que aporta “vestidura y vocabulario”. Y precisamente porque la palabra espiritualidad tiene mala prensa, y no debe decirse en voz alta, es que su desocultamiento supone una exhortación al coraje, tal como explica con claridad Jean Allouch (en su libro *¿Es el psicoanálisis una práctica espiritual? Respuesta a Michel Foucault*).

La práctica espiritual que no puede separarse de una auténtica filosofía, que hace a su relación con la salud, con la medicina, no se agota en técnicas de sí –en la relación del sujeto consigo, que Foucault enfatiza de un modo original en el contexto de la filosofía contemporánea–, sino que exige también el paso por un otro, y un otro que no es cualquier otro, no es ese otro que hoy en día aparece como *cliché* en los discursos filosóficos: se trata de un otro investido de autoridad, de un maestro, un terapeuta, un médico, un psicoanalista, con quien deberemos vincularnos y ejercer el arte de *ser gobernados de otro modo*. Se trata de un vínculo de transmisión fatalmente asimétrico y erótico, atravesado por el prestigio y por el poder que Foucault no se cansó de indicar. En el centro otra vez, el problema de la obediencia, y por tanto del coraje. El coraje de situarse contra la verdad oficial, pero sobre todo de llevar a cabo el acto de decirla. Por eso no hay práctica espiritual sin *parresía*, sin franqueza. La *parresía* es la clave de la solución foucaultiana al problema de la obediencia, al problema de que debemos ser, de algún modo, gobernados. Es porque se practica la *parresía* con el maestro que no somos siervos del maestro. La verdad establecida oprime, pero hay también una veridicción que libera. Entre la confesión y la *parresía*, entre la obligación de decirlo todo y el coraje de decirlo todo, Foucault intentó situar un “arte”, es decir, un universo donde no hay leyes sino reglas empíricas. No renunciar a lo empírico, a lo histórico, es la marca de su crítica a la filosofía, de su rechazo reverencial a la filosofía. Si hay en ello algún resabio de materialismo, es en el sentido espiritual de la palabra.